

HACEN LAS URRACAS FIESTA

José Joaquín Blanco

*"Así como te invoco te protejo."
Eduardo Hurtado Montalvo*

Para Miguel Angel Orozco

Hasta las once de la noche del día en que murió, el viejo profesor tenía sus ochenta y dos años y su perro, un hijo casado que vivía en una ciudad lejana y una hija que trabajaba en la Compañía de Luz, pintaba al óleo las tardes de sábado y solía cocinar para algunos domingos pastel de natas y manzanas asadas. Vivían en una casa llena de plantas, libros, cosas raras o inservibles y gatos melosos que se reunían por las noches bajo la mesa de la cocina a comer pedazos de pan remojados en leche, que ella les servía en un plato de peltre un poco desportillado.

En esa ciudad el cielo conserva su antiguo prestigio de reloj y la gente estira o encoge su día según el color del tiempo; despierta temprano, se adormece hacia las tres de la tarde, y entre las seis y las ocho se dedica al billar, a los aparadores de la calle Hidalgo y a los refrescos y helados en los restaurantes con ventanas a la floresta. A media noche, cuando salen del cine los escasos espectadores de la última función, la ciudad goza de su retiro perfecto.

Las calles son estrechas, muchas muestran todavía la continuidad de altos muros de adobe, gruesos, pintados con cal de colores, y ventanas angostas de viejas vidrieras cubiertas por cortinillas de encaje que poco a poco se van deshilachando. Algunas, las más céntricas, tienen buen pavimento e iluminación moderna; las más (conforme la ciudad se trepa torpemente por el cerro o se diluye en sembradíos y tierras de pasto) se apegan a la intimidad oscura del reposo. La noche siguiente a la muerte del viejo profesor, Pepe las recorría introduciendo esquelas por debajo de las puertas.

El viejo profesor sabía contar sabrosos chistes y doblar misteriosamente un billete hasta convertirlo en carterita; también sabía hacer cortes a la mitad de una naranja de modo que las dos partes sin desprenderse pudieran separarse un poco a manera de incensario. Y todos los días caminaba a su escuela por la acera soleada llevándose la mano a la orilla del sombrero cuando se cruzaba con cualquier persona. Llegó a la ciudad en el tiempo en que la gente saboreaba como postre la caligrafía y hablar del ferrocarril era un nuevo entusiasmo; pero Pepe miraba la dentadura postiza, sus orejas grandes, unos enormes lentes muy redondos, el arrugado paliacate rojo que nunca quería contenerse en la bolsa del saco, su escaso cabello blanco, la piel floja, las gruesas uñas de los pies que se recortaba cuidadosamente con fuertes tijeras de resorte; cuando a través del puente de sesenta y dos años que los separaba, sentadito en el escalón del umbral, lo veía regresar con su perro a casa, pensaba que el profesor había nacido así: viejo, tranquilo, seguro. Entonces Pepe

se metía al patio a perseguir al conejo y a esperar que su tía sirviera la comida y lo mandara a lavarse las manos. El perro entraba moviendo la cola; el viejo profesor se quitaba el sombrero, lo ponía sobre la cama y se sentaba a su escritorio. Y el conejo maldito no aparecía por ningún lado y Pepe terminaba de arrastrarse por debajo de tablas largas, sostenidas por burros apollados, llenas de plantas que se chorreaban a veces por las macetas hasta el suelo, con las manos y las rodillas sucias de tierra y de aplastadas bolitas de conejo. Iba a buscarlo junto al pozo, por el lavadero, por el caño, bajo el techo del chayote y no conseguía verlo hasta que el conejo no aguantaba la risa y salía destapado de un agujero como estentórea carcajada hacia otro perfecto escondrijo. Pero después de que el conejo murió, Pepe fue encontrando uno a uno todos sus agujeros.

—A comer. ¿Ya te lavaste las manos, Pepón?

—Voy tía.

Mientras corría el agua por el cañito del lavabo, Pepe se limpiaba con la toalla las manos y las rodillas, y escuchaba el ruido que hacía el profesor al voltear las hojas del periódico desde su escritorio.

Por eso sacar las fotografías de sus cajas de cartón era un placer muy extraño.

El día que lo enterraron, las personas más viejas de la ciudad no escaparon a la penitencia de recordar otros tiempos y mientras caminaban al panteón contaron muchas cosas que Pepe se negó a creer, entre ellas que el viejo profesor solía jugar de chamaco a las carreras y que había sido un novio muy guapo.

Pero recobró la seguridad cuando un alumno contó que pocos meses antes, en clase de química, había entrado un pájaro por la ventana y había estado un buen rato volando por toda el aula. Los muchachos empezaron a armar camorra y a querer derribarlo a cuaderazos. Como el pájaro no era blanco que soportara mayor diversión, prefirieron hacerse la guerra unos a otros hasta que el viejo profesor dejó de anotar con sus números y letras ornamentales el volumen de una unidad de masa molecular en gramos de varios gases en condiciones normales de temperatura y presión, y fue a azotar con una regla el escritorio.

—¿Qué pasa ahí? —dijo.

—Verá usted, profesor, es que un pajarito anda volando en el salón y quiere ensuciarnos.

Entonces contestó el viejo profesor con la tranquila severidad de su larga fila de ochenta y un años:

—Agradezcan a Dios que las vacas no vuelen.

De los tres años que tenía cuando llegó a la casa del viejo profesor, Pepe solamente recuerda un gallo y el muro posterior del corral, que era muy alto y terminaba en un estrecho alero de ladrillo. Y la noche anterior al entierro, mientras repartía esquelas casa por casa y abusaba de su larga ausencia y de la muerte para platicar con las muchachas, sólo recordó con detalle al Dic, ese perro blanco con una mancha café de pirata, que había sustituido al conejo cuando lo guisaron con aceitunas para celebrar un cumpleaños de Pepe. Y recordó también a una ardilla de trapo a la que arrancó los ojos de botón y la larga cola de la que sacó mucho relleno. Y era en verdad muy divertido hacerla de mensajero introduciendo cortésmente las esquelas por buzones respetables.

Ochenta y dos años son muchos para estar encimados uno sobre el otro, como un rascacielos abandonado o un altero de empolvadas revistas de otro tiempo, pensó Pepe. Y nada más pensó eso.

¡Pero qué inútil este relato!, me dice ahora, mucho después, cuando se ha puesto a fumar y a contarme esta historia. Quisiera hacer un poco presentes

los ochenta y dos años del viejo profesor en su relato, no mediante metáforas inútiles como la torre de Babel o un altero arrumbado de revistas viejas, o bien diciendo tan sólo que tenía orejas grandes y duras las uñas de los pies que se recortaba cuidadosamente después del baño con fuertes tijeras de resorte. Pepe quisiera decir que ochenta y dos años son pronunciables y que a través de su relato el viejo profesor no es como un sueño del que cortésmente y sin pausas va desprendiéndose la memoria. Y quedan muebles antiguos, relojes descompuestos, ropa que ya no se ha de usar, libros, mancuernillas, calcetines zurcidos, un mortero de vidrio, unos diplomas y otras cosas que, de la misma manera que el sueño, van perdiéndose casi imperceptiblemente. Como la fotografía que mira y remira mientras dice.

Ver al viejo profesor sentado en un taburete de estudio fotográfico: cortina plisada atrás, los pies cansados; el Firulí se apoya con las patas delanteras sobre sus rodillas. Ambos observan al observador. El perro con sueño, el viejo profesor con tierna malicia, medio sonriente, a través de sus grandes anteojos redondos. Porque al fin y al cabo hay muchos trucos de fotografía y no faltará quien dentro de unos años —si para entonces Pepe sigue diciendo estas cosas— dude de su veracidad y afirme sin escrúpulos que todo relato es más bien imaginario. Sin embargo, Pepe no consigue pensar juntos esos ochenta y dos años y sólo puede hablar de recortes, de momentos vistos desde el otro lado del puente. Recortes disminuidos por la juventud del observador y además por todo lo que de premonición y amenaza trae consigo cualquier muerte. Esta puede ser la razón del afán por recordarlo durante el velorio y después; durante el homenaje en su escuela y después; durante las caminatas a Catedral y al panteón y después; después. Porque, justo es decirlo, una vez que todos (la hija, el hijo y su esposa, Pepe mismo) lloraron en el momento en que dio golpe en tierra el ataúd, mientras miraban los pies prehistóricos de los sepultureros y el nuevo director de la escuela recitaba elogios fúnebres, y los estudiantes llegaban con las coronas de flores aguantándose la risa y oteando desde la plataforma de la tumba familiar en busca de las muchachas con quienes irían luego a pasear a la floresta; cuando lloraron, pues, preguntándose si era por el viejo profesor, o por la saludable convención de llorar en ese momento, o quizá para terminar con esos días de ceremoniosa angustia, la muerte perdió sus fantasmas y al regreso pudieron comentar a manera de anécdota los incidentes de algo que no quisieron llamar festejo.

El viejo profesor enfermó de gripa y dos meses después murió de una embolia. Por eso cuando Pepe recibió el segundo telegrama en que la tía le avisaba Papá sigue muy grave, no creyó posible que tres palabras prevalecieran sobre ochenta y dos años.

El viejo profesor tuvo quién sabe cuántos perros. Era amigo de los callejeros y le gustaba salir por las mañanas a la puerta de la casa y aventarles bolillos duros que atrapaban con el hocico. Cuando moría el que vivía en la casa, guardaba unas semanas de memoria y luego dejaba entrar al más fiel o al más simpático y le ponía un tapetito medio roto al lado derecho de su alta cama de fierro blanco. Pepe quiso mucho a uno que se llamaba Dic y que murió atropellado por un camión de mudanzas; poco después se trasladó a la capital y apenas pudo conocer al sucesor durante algunos días: era pardo, con una oreja chueca y algunas manchas blancas en el lomo. El profesor lo nombró Firulais, Pepe malévolo le puso Firulí. La tía lo llamaba con muchos nombres: Firulé, Firulón, Firuloncito, Firu firu firulá según la cara que pusiera el perro. Era humilde y cariñoso, y no se ensoberbeció de su residencia como los anteriores, sino que salía todas las mañanas a disputar con los otros los bolillos duros. Cuando saltaba y movía mucho la cola, la tía corría delante de él gritándole: Lero, lero, Firulero, lero, lero. De viejo, al Firulí le

salió un tumor en el lomo que olía mal y daba lástima y mucho asco. El veterinario le recetó unos enjuagues de polvos blancos disueltos en agua tibia, que el viejo profesor guardó en un vacío frasco de talco; pero una vez se equivocó definitivamente de frasco y como en varios enjuagues el perro no daba señales de curar, y estaba viejo, y sufría mucho, y tenía cara triste, y se rascaba, dijo el viejo profesor:

—Sea como Dios quiera.

Y fue como Dios quiso. Dejó las curaciones y el Firulí se rascaba, se lamía, se arrancaba con el hocico los coagulillos de sangre que se quedaban pegados en los pelos que rodeaban el tumor. Cuando el viejo profesor cayó en cama, el Firulí no pudo seguir quedándose a su lado y la tía trasladó su tapetito roto a la cochera; entonces dejó un poco de rascarse. Cuando lo enterraron, se quedó echado en el patio chillando sorda y constantemente. Y la tía ya no pudo soportar el tumor y la soledad del perro y se decidió a ponerle cianuro en un bistec, y ¡Firulé, Firulón, Firuloncito!, se quedó muerto en el patio como si estuviera soñando que el viejo profesor le aventaba un bolillo duro y él lo atrapaba, ágil, con el hocico.

Cuando oyó el pitazo del mensajero estaba a punto de aplastar con un periódico a una mosca barrigona que se había pegado al techo de su cuarto. El telégrafo, gritó la sirvienta; Pepe se tambaleó levemente trepado como estaba en una silla mientras la mosca aprovechaba para volver a las andadas volando como loca con su persistente zumbido de aparato descompuesto. Pepón te aviso mi papá muy grave. Le dolía un poco la cabeza, la lengua sabía mal y ardía por el cigarro. Sed y modorra y el cerebro como mosca atarantada dale que dale sin atinar a quedarse quieta en ninguna parte, rebotando contra toda superficie, hasta que sorprendentemente se paró en el foco. Ojalá se chamusque. Procuró olvidarse de ella y recordar cómo aventaban sus amigos y él las botellas de cerveza por las ventanillas mientras el aire entraba duro y helado al automóvil y recorrían a toda velocidad el periférico, persiguiendo a un Valiant blanco que medio había querido cantarles la bronca. Las botellas reventaban como sapos panzones y el estrépito los hacía sentirse, a su vez, perseguidos. Fuga de película. Pum, pum, dijo Pepe. Ya estás borracho, mano, le contestaron. Alguno intentó hacer con la mano ademán de pistola pero Pepe, rápido como actor mugroso del oeste que se ve de pronto vestido de gángster, con los dos brazos improvisó una ametralladora. Qué me duras: ganas de reírse: ganas de golpearse a carcajada limpia. Lengua cortante y sensible para los albures.

—Ya déjalo, nomás es uno.

—Ni para el arranque. Pobre pendejo: ¿por qué no se van a molestar a sus mamacitas? Será accionista de la calle o qué. Pasa un cigarro.

Cuando Pepe tiene sueño suele estirar los brazos y bostezar como anunciante de colchones, mal educado. Pero en el velorio fue discreto: volteaba un poco hacia la pared cubriéndose la boca con la mano y, en seguida, salía de la capilla e iba a la cocinita de junto. Enchufaba la cafetera eléctrica y regresaba despacito a preguntar con voz de circunstancias si alguien deseaba café. Invariablemente le contestaban gracias sí en el mismo tono y le preguntaban la hora. A las tres de la madrugada todo mundo evita la molestia de decidirse a estirar el brazo y mirar la lenteja del reloj. Fíjese que se me paró. ¿De veras?, le preguntaría una señora repentinamente entusiasmada. Pepe con cara de inocente palomita: ¿No trae usted el suyo? Infinitamente desilusionada la señora torció los labios, abrió los ojos desmesuradamente para convencerse de que tenía que quitarse el chal, jalar con la otra mano la manga del suéter, ver la lenteja diminuta, contar las rayitas doradas, recordar el nombre de la que correspondiera, bostezar (en venganza con toda la boca, al fin era en confianza, sólo quedaban ella, su sobrina y Pepe).

—Son las tres de la madrugada.

Pepe irónico: ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ay sí!, gimió la sobrina con cara de decir cualquier cosa. Pepe concluyente: En efecto, el tiempo pasa muy rápido. La señora volvió a arreglarse la manga, a cubrirse con el chal, a acurrucarse en el largo sillón de la capilla. ¡Cuántas flores! Son muchas, aceptó Pepe. No me dijeron si querían café. Si es usted tan amable. . . Si nos hace usted el favor. . . Entonces, antes de ir a servir las tazas, salió al patio que la hacía de recibidor, se estiró con ganas, bostezó según su ya muy conocida costumbre, rugió de frío y prendió un cigarro. Salieron las dos mujeres: Nos disculpará usted, pero ya es muy tarde. Y mañana hay que levantarse temprano. ¿Quién lo diría? Apenas llevamos aquí un ratito (se les había hecho muy breve el tiempo) y ya son las tres de la madrugada. Pepe suplicón: ¿Y me van a dejar servido el cafecito? No, de ninguna manera. Si ya le había dicho a mi sobrinita. . . La sobrinita asintió. . . nomás nos tomamos el cafecito y nos vamos. La sobrinita volvió a asentir. Y añadió para afirmar su respuesta: ¡Qué frío hace! Los tres bostezaron juntos, digo, como cachetones monaguillos de estampa.

Después de dos meses en cama, la mañana del día en que murió, débil y enfadado por el suero y el oxígeno, cuando uno de sus amigos se despidió prometiéndole visitarle por la tarde, dijo el viejo profesor:

—Andele usted, cuando guste. No pienso salir en *toda* la tarde.

“Vivirá eternamente en nuestras almas como en un santuario”, leyó el nuevo director sobre la plataforma que cubría a los muertos de la familia.

—No pude venir en cuanto recibí el telegrama —dijo—, tenía que irme a inscribir a la facultad.

Era cierto.

—Ayer se puso muy grave, pero ya está un poquito mejor. Todavía tiene el oxígeno.

Caminaban por el corredor. Firulí se hacía el dormido. En realidad, la casa era otra casa. Pepe la había visto ir cambiando. Después de seis años regresó de visita por primera vez y desde entonces volvía con frecuencia a pasarse con la tía y el viejo profesor algunos fines de semana. El antiguo patio de tierra, con sus hileras de macetas sobre tablas sostenidas por burritos apollados, ya era sólo un jardín con césped y rosales. El pozo había sido cerrado, se le quitó su techo de lámina, su polea y su cubeta; se le vistió de piedrecillas de colores y quedó hecho un adorno. El corredor de losas era ahora de mosaico. Algunas habitaciones habían sido derrumbadas y sustituidas luego por otras impronunciadas; las demás conservaban sus altos techos de vigas y tejamanil, sus muros pesados y gruesos, pero estaban modernizadas de algún modo. Muchas veces, en sus visitas, Pepe entró a la casa pisando montones de arena y piedra fina. El profesor, aunque más viejo, parecía el mismo; la tía igual de ocurrente y cariñosa, aunque ya lucía como con desdén las primeras canas. Sólo Pepe debía cambiar verdaderamente, en serio, para que algún día fuera capaz de contarme esta historia. “Ya está mejor”, pensó mientras caminaban por el corredor. Y las moscas se retiraron escandalosamente, en desbandada de silencios. Cosa de risa. Ahora se escondían calladas, sin removerse más de lo necesario para volver al antiguo equilibrio interrumpido por ese torpe e irresponsable aleteo que Pepe había propiciado en el autobús. Si no tuviera palabras, pensé, me sentiría menos inútil; pero sin ellas estaría completamente indefenso ante los recuerdos que suelen volar como moscas deschavetadas, absurdas, irrespetuosas, zumbando como aparato descompuesto.

—Entra —dijo la tía.

—Tú primero —pidió Pepe.

El viejo profesor estaba dormido.

—Qué tal —saludó el hijo, sonriendo junto a la cama donde dormía el viejo profesor con sus ojeras, su escaso cabello blanco, respirando por los tubitos nasales de la delgada manguerilla verde conectada a la boca del tanque de oxígeno, que le daba vuelta a la cabeza sosteniéndose, como antes los enormes lentes redondos, en las orejas. La habitación estaba oscura, sólo entraba un poco de luz por la puerta entreabierta. La cama alta de fierro blanco. Los burós y el ropero viejos. Un sillón a cada lado de la cama: uno reclinable, otro mecedora. Un alto bacín de peltre blanco, como ánfora persa, pintado de azul en la línea del borde. Libreros. Estatuillas y cuadros que Pepe se había acostumbrado desde hacía mucho tiempo a recordar.

—Qué tal, tío —contestó en voz queda, para no despertar al viejo profesor.
—¿De qué vienes disfrazado?

Pepe sonrió acariciándose la barba y los bigotes que se había dejado crecer por primera vez. Y fue a pararse cerca de la cabecera a mirar qué viejo y cansado estaba, a esperar que de pronto el enfermo se levantara a regañar a todo mundo, a ponerse al revés los calcetines, a jugar con el Firulí, a sentarse sobre una plasta fresca de chicle en una banca de Catedral, a contar un cuento, a cortar hábilmente una naranja por la mitad de modo que sin desprenderse las dos partes se separaran un poco a manera de incensario. Y Pepe a seguir pensando cosas, y a quedarse mirando las cobijas. Nada más. Por eso cuando el viejo profesor abrió los ojos él no pudo darse cuenta.

—¿Qué desea? —dijo débilmente. ¿Ya le entregaron su certificado?

Pepe no supo responder otra cosa:

—Sí, profesor.

—¿Cómo van las cosas por la escuela?

—Bien, profesor.

—Sí, bien. . . Ya le decía yo al profesor, al profesor. . . , que se las podían arreglar sin mí. . . ¿Qué tal el nuevo director?

—No hay nuevo director, tío.

—Qué va. . . , qué va. . . Si ya me enteré de que acaban de nombrar al profesor, al profesor. . . El presidente municipal quiere administrar la escuela. Se imagina que es el gran negocio. Ya que está hecha, y con prestigio, ya que le di cincuenta años de mi vida. ¿Entonces ya le entregaron su certificado?

—Sí, tío.

—Pues estudie mucho y que tenga usted muy buena tarde.

Se fingió dormido. Al rato le comentó a su hijo que acababa de ir a visitarlo un alumno que no recordaba haber visto en la escuela. Ay, papá, si era Pepe. No lo reconocí, dijo, no me lo imaginaba en esas fachas.

El día siguiente a la muerte del viejo profesor la tía estuvo recibiendo pésames y rotulando esquelas con la ayuda de su libretita de direcciones y del directorio telefónico, en la oficina de la funeraria. Era ésta una casa apenas acondicionada para tales ceremonias. Lo que alguna vez fueron patio y cochera eran recibidor, y las antiguas habitaciones servían de capilla y oficinas. Del lado de la calle había dos cuartos que eran simultáneamente oficinas y salas de exhibición de ataúdes: estaban juntos, pues, el ritual de difuntos y el catálogo de servicios. Las grandes ventanas hacían de escaparate y de pregón, en ellas se pegaba siempre la primera esquila que era la invitación general que se hacía a la ciudad a participar del dolor de padre, madre, esposo o esposa, hermanos, hijos y demás familiares y amigos, y a honrar con su presencia la ceremonia religiosa y el entierro civil. Durante las horas más próximas a la muerte, aparecieron los amigos cercanos; de las nueve de la mañana en adelante, los alumnos, maestros, empleados y mozos de la escuela; luego muchas otras personas. La pared de la cochera se fue llenando de coronas de flores con listones negros que anunciaban con letras doradas el nombre del doliente. Los alumnos se encargaron de repartir los primeros montones de

esquelas y como se habían suspendido las clases corrían por las calles repartiéndolas como si fueran invitaciones para una fiesta. Una fiesta a voces, de irreprimible animación. Esquelas que saltaban hasta los cables de la luz como jugando a los volados. Competencias de rapidez. Apuestas. Carreras a pie, en coche o bicicleta. Coches y bicicletas de muchos colores. Y las blancas esquelas enmarcadas en negro como pajaritos charlatanes: de aquí para allá, de aquí para allá, revoloteando, revoloteando. Como espantasuegras en navidad. Como arroz para los novios. Como confeti en carnaval. Como pétalos a la Virgen. Como propaganda comercial o política. Revoloteando. Mariposillas luctuosas, pirotecnia que era el último regalo del viejo profesor a su ciudad. Porque con la fiesta de las esquelas vino la fiesta de los recuerdos. Y todos se pusieron a hablar. Y los muchachos jugaban a vendedores ambulantes o a carteros. O a policías de tránsito súbitamente poseedores de una información novedosa que debe solicitarse respetuosamente en las esquinas. Y con el pretexto de ayudar en la repartición pasar fuera de casa todo el día y apurarse, o entregarlas a otro, o tirarlas a un basurero, o meterlas todas juntas en un solo buzón, o aventarlas al cielo (revoloteando, revoloteando), que ellas como palomitas mensajeras sabrán bien llegar solas a su lugar. Y llegaban pues mientras los muchachos se iban a jugar fútbol, a ver a la novia, a estudiar, a platicar en los restaurantes con ventanas a la floresta, a curiosear por las tiendas de la calle Hidalgo, se abrían puertas apolilladas y un repentino ejército de ancianas barría de esquelas extraviadas las calles de la ciudad, y las entregaban a su destinatario como para asegurarse de que a su muerte, por justicia de elemental retribución, también sus propias esquelas no quedarían por allí, en cualquier parte, y que nadie en la ciudad podría proclamarse ignorante de su muerte.

El viejo profesor solía sacar su silla al patio después de comer y quedarse allí leyendo hasta que comenzaba a terminarse la tarde; entonces, sin molestia, la devolvía a su lugar detrás del escritorio, en su cuarto, encendía una curiosa lamparita semejante a las casas de caramelo que los cuentos alemanes atribuyen a los jugueteros de Nuremberg, y a su luz continuaba hasta la hora de la cena. Pepe lo observaba. Durante mucho tiempo, me dice, no hacía otra cosa que observarlo, y creía que el viejo profesor alimentaba de libros su vejez, que de allí sacaba la voz y la seguridad, las orejas grandes, el prestigio, la sonrisa, las gruesas uñas de los pies, los enormes lentes redondos, sus negativas implacables, su afabilidad momentánea y siempre inesperada, la barriga de tonel, el sombrero y la papada. Tal vez a Pepe se le antojara, goloso, ser un poco viejo; pero cuando aprendió a leer se desengañó porque solamente de infancia podía alimentar su glotoncito cuerpo codicioso, y los libros eran para él como sus uñitas mordisqueadas, su rostro mofletudo, sus piernitas gordas que a las monjas les gustaba pellizcar:

*Tres grandes flores
cortó el jardinero,
de bellos colores
para tu sombrero.*

Y en la parte superior de la página:

Ilumínalo con cuidado

Y qué aburrido aprender lo que ya se sabe. Qué inútiles los libros sin misterio, una vez que todas las láminas han sido debidamente profanadas con crayones o lápices de colores. Por eso a Pepe le iba mal en la escuela; bueno,

esto es lo que él dice y que yo repito por no dejar. Pero como me lo tengo bien conocido desde hace diecisiete años, cuando empezamos a estudiar juntos el primer año del jardín de niños y yo le hacía sus tareas y trabajos manuales de plastilina para que no lo fueran a reprobar, sonrió con malicia y no le creo. Y como se me juzgará responsable de este relato tengo derecho a señalar alguna de las artimañas de un mentiroso llamado Pepe. Tómese por pereza y ya. No había prosa que le sirviera de disculpa porque entonces no sabía usar tan arteramente las palabras como ahora y sus mentiras se desplomaban solitas, como los altos pasteles que hacen las niñas en su clase de repostería.

—Este niño es muy mal estudiante —dijo el profesor.

—¿Verdad, Peponcito, que de hoy en adelante vas a sacar muy buenas calificaciones? —suplicó la tía.

—Este niño es un sinvergüenza —dijo el profesor.

—¿Por qué lo hiciste, Pepón? —preguntó la tía.

—Este niño no tiene remedio —dijo el profesor. Y Pepe callaba porque ya había aprendido a pensar en palabrotas.

Cuando sacaron el cuerpo del viejo profesor para llevarlo a la funeraria, el Firulí abandonó su tapetito roto y se escondió debajo del automóvil de la tía. Pero esto Pepe no pudo verlo y no lo supo sino varios días después.

Se dice que el perro salió hasta que se vio solo.

A las diez de la mañana del día en que lo enterraron, llegaron a la capilla representantes de maestros y alumnos, colocaron el féretro sobre un cochecito plegadizo de metal y lo llevaron por el recibidor (que durante las mañanas no podía ocultar su luz festiva de patio); lo empujaron con respeto dentro de la camioneta negra que conducía un chofer de bigotito recortado y camisa blanca arremangada hasta los codos. Pepe acababa de regresar del correo de enviar esquelas para los amigos y familiares que vivían fuera de la ciudad. Antes, cuando amaneció y llegaron el hijo y su esposa a sustituirlo en la compañía del muerto, había ido a desayunar a la casa y a subir la parte superior del cierre del vestido negro de la tía. Regresaron enseguida a la funeraria y vieron a dos idiotas riendo y babeando mientras barrían el recibidor y amontonaban junto a la banquetta, mientras llegaba el camión de la basura, las flores que se habían marchitado. Ambos eran rubios y debían de ser hermanos, tenían grandes ojos verdes que nos recordaban a los de un gato por la dispersión de sus pupilas, por la sensación de que todo lo veían de una buena vez y nada les interesaba lo suficiente para concentrarse en la observación de un solo objeto. Cuando los vieron entrar conservaron el ademán de una carcajada pero contuvieron el sonido como si el color del vestido de la tía (aunque ella les sonrió benévola) los hubiera amedrentado. Empezaba a hacer calor y a sentirse comezón por los chorrillos de sudor que se secaban en el cuerpo. Salieron caminando detrás de la camioneta. Pepe daba el brazo a la tía, el hijo a su esposa y la madre de ésta a los dos nietecitos mayores (la niña de vestido blanco y tobilleras, el niño de traje negro y corbatita de moño) que evitaban adelantarse un poco y darse la mano como muchas miradas se lo exigían para completar la seguridad del cuadro, la certeza de que ninguna muerte es diferente y que la de ese día era ratificación de todas las anteriores y ejemplo para las por venir. Así, la gente llevaba a sus niños a ver el cortejo y ellos aprendían todos los pasos como si tan solo se tratara de un ensayo semejante a los que se hacían en sus escuelas preparando los bailables para la fiesta de fin de cursos.

En la calle de la escuela los alumnos se habían formado haciendo valla. La camioneta se estacionó frente a la puerta, salió el chofer, desdobló la portezuela trasera de modo que se pudiera jalar fácilmente el ataúd después de

sacar el cochecito que había puesto a un lado de aquél, tanto que el viejo profesor parecía mirarlo a través de sus enormes párpados desde el cristalito de la tapa. Se volvió a colocar el féretro sobre el cochecito y los representantes lo empujaron hasta el comienzo de la escalera; allí lo levantaron en andas, el chofer plegó el cochecito y trepó a saltos hasta la puerta. Los representantes subieron la escalera con los rostros amoratados por el esfuerzo mecido al viejo profesor mientras subían como si se tratara de un bebé desmesurado durante el jadeo que sigue al berrinche. Junto a la puerta el chofer se limpió la frente con el dorso de la mano y desplegó el cochecito, lo levantó un poco de las patas delanteras para que los representantes pudieran colocar el féretro sin mayor esfuerzo y de allí lo hicieron rodar ligerito como carretilla de mercado hasta el centro del patio de entrada. Detrás caminaban los familiares, los maestros y los alumnos, que se formaron en torno mientras el nuevo director y algunos profesores montaban la primera guardia de honor. Después se sucedieron otras de alumnos, padres de familia, personal administrativo y mozos. Los alumnos uniformados y aburridos ora descansaban sobre un pie, ora sobre el otro, miraban disimuladamente el reloj de pared y esperaban con resignación insoportable que llegara otra solemne guardia a sustituirlos. Cuando al final la banda de guerra tocó algo que quiso ser fúnebre y un clarinetazo destemplado que por involuntario fue un verdadero alarido, el nietecito se puso a llorar y Pepe inútilmente trató de imitarlo. Todos bajaban la cabeza deseando llorar o salirse de allí para no romper el ambiente espeso de dolor y molestia que de ninguna manera se llevaba bien con ese juguetón cochecito plegadizo de metal que ahora, como película revertida, desandaba el camino y los esfuerzos hasta encontrarse en plena calle; el féretro fue devuelto a la camioneta y continuó la procesión rumbo a la floresta, cruzando la calle Hidalgo, que rodearon como en desfile patriótico hasta que todos entraron por fin a Catedral.

Y mientras caminaba, Pepe recordó a la niña que acababa de conocer cuando visitó al viejo profesor muy grave y en la que estuvo pensando toda la noche que le tocó cuidarlo en vida, antes que se repusiera de tal modo que se creyó conveniente quitarle el oxígeno y concentrar toda la atención médica en la alimentación. Ahora ya eran algo así como novios y Pepe la había besado en los jardines de la universidad la misma tarde en que el viejo profesor lo llamaba desde su cada vez más fatigosa agonía.

¡Pero qué inútil este relato!, me dice Pepe, estas palabras que no se llevan bien, que se pelean o se enamoran hasta la consonancia. Esta vida de la que ya no quedan sino palabras que yo digo, tú escribes, otro lee y cada quien las viste y las echa a andar como se le da la gana. No he dicho, prosigue, cómo iba vestido de muerto el viejo profesor. Y alguien le pondrá el traje gris que estaba en la tintorería cuando murió, o ese café que nunca tuvo, o el azul que no le gustaba y algún morbosos le colocará un rojísimo clavel en plena solapa. Alguien lo enterrará con lentes, o sin cortarle las uñas, oliendo vete a saber a qué loción, sonriendo de otro modo del que él solía hacerlo. No he dicho gran cosa de su rostro, ni de su cuerpo, ni de sus piernas flojas, ni de su pecho y espalda lechosos y llenos de pecas. Ni he relatado tampoco sus sueños sobre la muerte. ¡He dicho tan pocas cosas! Y aunque escribieras tanto que no fuera posible escribir más, aunque no dejaras de usar una sola palabra ni combinación posible de palabras; aunque todo quedara impreso tal como fue, aunque pudieras trasplantar mi recuerdo íntegro a tus páginas, aún así cada quien haría de las suyas con el pobrecito del viejo profesor. Y hay que tener bien presente, mi cuate, que cada intento frustrado de inmortalidad es una muerte renovada.

Cuando reconstruyeron la casa, el profesor trasladó su escritorio y sus libros de su recámara a un cuarto construido específicamente para estudio,

que tenía ventanas a la calle. Siempre olía a sustancias químicas y cuando él se ponía a triturarlas en un mortero de vidrio la gente que pasaba veía reflejadas en los cristales de sus lentes la malicia y la ternura de un perpetuo aprendiz de alquimia.

Pepe se había acostumbrado a no comprenderlo, desde antes, nomás a mirarlo hacer desde el otro lado del puente, de ese puente que les cambiaba los gestos y las palabras, que les impedía decir las mismas cosas y comunicarse las mismas imágenes. Lo miraba, pues, con los ojos atentos aunque fingía estar allí, a la puerta del estudio, por casualidad. Y era el mismo fingimiento con que el viejo profesor lo miraba distribuir los soldaditos de plomo en algún lugar del antiguo patio construyendo cuarteles, barricadas y puentecillos que comunicaba al caño. Uno y otro se miraban sin comprenderse, porque al fin y al cabo la comprensión es lo de menos y era más cariñoso abandonarse a la contemplación pura, a la sola mirada, aunque hubiera que fingir y Pepe dijera cuando la observación se hacía insoportable:

—¿Me das permiso de salir, tío?

Y nomás fuera a dar la vuelta a la manzana para justificar la petición y luego volviera al patio a jugar con tierra y soldaditos hasta que sentía a su espalda la mirada del profesor, su figura pesada cayendo sobre él como una sombra abrumadora, las faldas caídas de su saco, sus zapatos negros. Y se hacía el que no se daba cuenta, seguía concentrado en su juego, sesenta y dos años adelante, que el profesor a su vez no podía soportar indefinidamente y en algún momento, cuando la paciencia se le agotaba, decía:

—Ya te volviste a ensuciar de lodo.

Y se retiraba a su cuarto a leer el periódico y Pepe seguía jugando, o se ponía a perseguir al conejo que habría de terminar en su estómago, guisado con aceitunas; o a corretear al Dic que una mañana quedó despanzurrado en la calle por un camión de mudanzas; o entraba a la sala a sacar de su pecera a la tortuguita japonesa y hacerla caminar por su brazo: sentir la impaciencia como dedos en el juego de la hormiguita que va caminando, caminando hacia el sobaco ¡hasta que llegó a su casita! Y así hasta que la tía lo mandara a lavarse las manos antes de comer. Pero la tortuguita un día amaneció seca como camarón de bolsita entre las macetas del patio.

A pesar de todo había momentos de comunión. Como un día en que el viejo profesor le dio de pronto un peso para que se comprara un pirulí gigante con chochitos de colores o cuando le contaba adivinanzas y le preguntaba por qué el gallo cuando duerme levanta una patita o, muchas veces, cuando lo llevaba a la capital y le invitaba un jugo o un pastel o, en fin, una mañana que juntos visitaron un prodigioso museo de figuras de cera. Y el puente entonces se deshacía por un momento: se deshacía nomás, se evaporaba, se confundía en la niebla como en las viejas historias de caballeros andantes. Pepe recordará siempre una portentosa carcajada del viejo profesor en una función de circo, cuando el payaso aprovechó una favorable posición del ingenuo maestro de ceremonias para darle una sonora nalgada.

—Mejor me quedo yo a cuidarlo esta noche —dijo Pepe. Ustedes ya se han desvelado mucho.

El hijo, su esposa y la tía estuvieron de acuerdo.

—Pero si te da sueño me despiertas, Pepón.

—Sí, tía —dijo él, y entró a sentarse en el sillón mecedora a un lado de la cama; del otro, apenas iluminados por una lamparita como casa de juguetero de Nuremberg, se veían el bacín y el sillón reclinable. Pepe se puso un coberter sobre las piernas y trató de apoyar la cabeza en el respaldo, pero la mecedora se fue levemente para atrás con un chirrido. El viejo profesor dormía respirando con dificultad por los tubitos nasales de la manguerilla verde del oxígeno. Serían las nueve de la noche. Pepe no quiso ver el reloj y calculó el

tiempo que faltaba para el amanecer paralizado como estaba en la mecedora, por miedo a despertarlo. Trató de continuar la lectura que había comenzado en la terminal de autobuses, cuando estaba muy fresco el recuerdo de la niña que acababa de conocer y esperaba que anunciaran por micrófono el momento de abordar el suyo:

pues bien puede haber, amigo,
dos burros de un mismo pelo.

Empujó un poco el libro hacia el débil resplandor y pronunció en voz muy queda los versos que siguen, usando la tonadita que había aprendido en las películas argentinas. ¡Qué vaciado!, pensó. Y luego dicen que somos nosotros los que hablamos cantaíto. La cabeza del viejo profesor se distinguía de la almohada como una mancha de sudor, de un sudor acompasado y monótono, de un ritmo que controlaba todas las arrugas y pecas del rostro del viejo profesor. Allí, atado al tanque de oxígeno por la verde manguerilla de plástico, parecía un prematuro parto de la muerte. Y tuvo inevitablemente que recordar las palabras de Goethe puestas en boca de uno de sus graciosos: La vejez no nos vuelve infantiles, como dicen, sino que nos encuentra todavía cual verdaderos niños. Nos convierte por primera vez en niños, corrige Pepe, pero yo le digo que es una corrección ociosa y más bien pedante.

Habían transcurrido solamente cinco minutos y Pepe ya no sabía qué hacer con su tiempo. El libro abierto le pesaba demasiado sobre las rodillas y lo dejó en el suelo. Imposible fumar. Entonces sintió deseos de empezar a contar esta historia, aunque fuera al viejo profesor dormido. Pero Pepe siempre ha despreciado los relatos en episodios y sólo se aventura en uno cuando sabe que tiene en sus manos, preso, el final que garantiza lo irrepetible (y quizás lo imaginario) de la acción: la narración concluida: el deslinde definitivo entre vida y escritura. Porque emprender una lectura sin final equivale a encarnar realmente, fuera de toda ficción, el silencio que deja el relato. ¡Y aún así suele tropezarse con páginas empasteladas o en blanco, con algún cuadernillo repetido que sustituye a otro faltante! ¿Cómo, entonces, contar cuando aún no concluye el círculo, si todavía uno se encuentra comprometido en una etapa (uno nunca sabe cuál es la última hasta que el viaje ha terminado y las anécdotas surgen espontáneamente durante la sobremesa); es decir, en medio de un fatídico intento de circunnavegación?

Bah, dice, y me cuenta que se ríe discretamente imaginándose que lo hace a carcajadas, como esa tarde que volvimos a vernos después de once años y tuvimos que reconocernos sin inocencia y sin pantaloncitos cortos. Esa tarde en que el viejo profesor jugaba a las cartas en casa de uno de sus amigos. Y entre las carcajadas dice que se puso a pensar en la niña que había conocido esa misma mañana y que ojalá en el tiempo que estuviera al lado del viejo profesor no le fueran a robar el mandado. Me la había aprendido de memoria, dice, y entonces sin quererlo me forcé un poco a amarla pues de pronto se me revelaba como algo mío. Amor a primera vista, apunto irónico. Y también le sucedió a ella lo mismo, al no verme durante varios días sino en su propio recuerdo. Y tuvieron que encontrarse como perritos despistados, dando muchas vueltas, al momento en que el profesor lo llamaba para poder morir con la seguridad de que algo quedaba de su vida, algo en que él habría de perdurar, y Pepe la besaba empujándola con el cuerpo contra un árbol en los jardines de la universidad.

Silenciosamente, mientras Pepe pensaba estas cosas, el viejo profesor hizo a un lado las cobijas, levantó las piernas con fatiga y se fue empujando con las manos hasta sentarse al borde de la cama. La manguerilla lo siguió con fidelidad meneándose indecisamente a cada débil e involuntario jaloncito, cuando el viejo profesor buscando en sus manos una fuerza que ya no tenía para asirse con firmeza al colchón, trataba de resbalar despacio hasta pisar

el frío suelo de mosaico, girar sobre sus pies y sentarse en el alto bacín de peltre que parecía ánfora persa. Demasiado testarudo y débil para comer sólidos aumentaba su debilidad con la diarrea. Y tenía por eso que estar desnudo de la cintura abajo y recorrer con angustia el largo camino al bacín para no ensuciar las sábanas y tener que gritarle a su hija que las cambiara: soportar la maniobra de rodar a lo ancho para que ella fuera jalando la de abajo, y luego la reversión del acto para que tendiera la limpia. En esos momentos le quitaban todas las cobijas y allí quedaba él, entre una sábana sucia y otra limpia, rodando penosamente con su acabado cuerpo de ochenta y dos años, cagadito como niño chillón al que había de limpiar con trapos tibios y luego rociar de talco.

Pepe lo vio sentado en el borde de la cama, pellizcando las sábanas con los dedos, tratando de alcanzar el ansiado contacto de los pies y el piso. Miró su sudadera blanca y el inicio de las nalgas que se negaban a resbalar por el borde de la cama. Se levantó de la mecedora, tirando el cobertor en actitud resuelta y caminó hacia él con torpeza y vergüenza de sí mismo.

—¿Te ayudo, tío?

—No, vete a dormir, Pepe.

Y se le quedó mirando con el escaso pelo blanco despeinado, con sus ojos sin lentes, cansados, humillados hasta la angustia de que en ese momento toda desesperación era inútil. Se le quedó mirando como si le dijera que quién era él para venir a sorprenderlo así, él que sólo de pequeño lo había visto (en una imprudente aparición en la recámara) cortarse las gruesas uñas de los pies con fuertes tijeras de resorte. El, que no tenía derecho a recordar al viejo profesor de otra manera que vestido. Quién era él, en plena juventud, que sin respeto ni misericordia se empeñaba en hacerle más pesados todavía sus ochenta y dos años, sus nalgas desnudas, su miembro exhausto, sus pies tan inútiles: tan incapaces de llegar al piso. Quién era él para presentarse con tanta solicitud, como si nunca hubiera existido un puente. ¿Por qué no se iba y se olvidaba de todo, y se conformaba benévolamente con el recuerdo de la fotografía, cuando el viejo profesor tenía zapatos, traje y lentes y el Firulí apoyaba las patas delanteras sobre sus rodillas?

—Vete a dormir —repitió.

Pepe regresó a la mecedora prometiéndose que adivinaría oportunamente cualquier movimiento en falso y correría a evitar que se cayera el viejo profesor. ¿Por qué no le ponen una cama más baja?, preguntó al día siguiente. No quiere, contestó la tía. Hay bacines especiales, de esos que usan en los hospitales, añadió él. Ya le compré uno, concluyó ella, pero me lo aventó cuando traté de ponérselo.

Y así toda la noche, cada media hora despertaba a reiniciar el recorrido hasta el bacín. Pararse temblando sobre el piso y doblar poco a poco las piernas hasta sentir el borde helado, de espaldas a Pepe. Porque supo que no había sido obedecido y Pepe continuaba allí, observándolo. Fingió ignorarlo pero Pepe, a su vez, comprendió la razón de la dignidad dolorosa que el viejo profesor ponía en cada uno de sus lamentables movimientos, de esas casi incapacidades, de esa terquedad por demostrar que seguía tan autosuficiente, tan entero. . . . Entonces el viejo profesor pensó en vengarse, esperó la madrugada como un ladrón que prepara el golpe, cuando al ver su excelente comportamiento Pepe accediera a dormitar un rato, a cabezadas, para quitarse la manguerilla verde y aventarla a un lado de la cama. Y luego se escondió subiéndose las cobijas hasta la frente para burlar la lamparita. Cuando Pepe abrió los ojos como un vigía irresponsable que dirige una azorada mirada a su alrededor a fin de convencerse de que ha sido tan inteligente que ha escogido para dormir el momento más oportuno, en el que nada ha cambiado, vio como un escupitajo la verde manguerilla tirada a sus pies. No necesitó ni

levantarse para recogerla. La examinó como para creer que era una de repente y pasó la mano cerca de los tubitos nasales para sentir la corriente de oxígeno. Movi6 la cabeza de la misma manera que lo hacfa el viejo profesor antes de reprenderlo y dio la vuelta a la cama para ver apenas un pedazo de su rostro entre las cobijas.

—¿Te pongo el oxígeno, tío?

—No, no. . . Así estoy bien. Anda, vete a dormir.

—Pero te hace falta. . .

—Te digo que así estoy bien. Y vete a dormir, déjame en paz.

Entonces el viejo profesor tosi6 por terquedad, por mordacidad o para aguantarse una carcajada.

Y Pepe, el muchachote como lo llamaba ahora la tía, tuvo que recurrir a ella como si no tuviera sus veinte años para resolver sus problemas; tuvo que recurrir a ella como el Peponcito indefenso que sabfa hacer cara tierna cuando le convenfa. Sali6 de la habitación y fue a despertar a la tía. Mi tío se quit6 el oxígeno y no quiere que se lo ponga. Escuincle chismoso, digo yo. Y ella lo vio como antes, y se sintió capaz de protegerlo como antes, y quiso llorar pero sólo le dio un beso en la mejilla y allí mismo, sentada en la cama, se puso su bata por debajo de las cobijas y fue a colocarle sin miramientos la manguerilla al viejo profesor.

A las seis de la mañana la tía fue a decirle que se acostara y Pepe se desquit6 durmiendo hasta las tres de la tarde. Perezoso. Lo despert6 el ruido de los nietos que querían jugar con el Firulí aunque éste no podía hacer otra cosa que seguirlos dificultosamente con su impúdico tumor. Entonces me habló por teléfono y le dije que se viniera a mi casa, que lo invitaba a comer. Nos sentamos al desayunador y allí recordamos la borrachera con que habíamos celebrado el día que nos volvimos a ver después de once años, y que terminó en que al salir a comprar cigarros me tropecé por bruto en la escalera y me rompí el pantalón. Entonces platicamos de cuando éramos niños y nos contamos las más recientes experiencias amorosas adornándolas un poco por el entusiasmo del whisky. Incluso él, mentiroso, quiso presumir de soledad y yo le dije que la soledad no existía sino cuando uno se quejaba tristemente de ella para seducir a una muchachita compasiva. Y él se puso a reír a carcajadas, tragándose el humo del cigarro, haciendo esfuerzos sin poder dejar de reír para expulsarlo a tosido pelado y no ces6 en estos dengues hasta que le dí un golpe en la espalda. Me contest6 con otro al est6mago y nos pusimos a jugar a los puñetazos hasta que lleg6 mi hermana y nos sirvi6 otra copa para aplacarnos.

Al día siguiente de que habfa querido cuidar al viejo profesor, quisimos pues repetir la borrachera pero él se arrepinti6 a medio camino porque quien sabfa si fuera a complicarse el asunto y a la hora en que más se necesitara de él no pudiera hacer otra cosa que cabriolas de cirquero. Así que yo me emborraché, él se atarant6 y a las nueve de la noche regres6 a la casa mascando chicle y repasando las tablas de multiplicar para mantenerse lúcido. Supo entonces que durante el día el profesor habfa mejorado mucho, tanto que el médico le habfa quitado por un tiempo el oxígeno y juzgaba ocioso desvelarse vigilándolo. Pepe compr6 un boleto de autobús para regresar a la capital al día siguiente y se durmi6. Pero en la madrugada la tía se despert6 al oír un grito sofocado del viejo profesor, corri6 a despertar a Pepe y juntos fueron a verlo caído, con el bacín derramado sobre las piernas y la espalda arrumbada junto a las patas del bur6, bajo la lamparita de juguetero de Nuremberg. Trataron de levantarlo, pero el viejo profesor no podía apoyarse y estaba tan débil y pesado que Pepe no pudo ni siquiera removerlo. La tía llam6 por teléfono a un amigo joven del viejo profesor y mientras llegaba recogió el bacín, limpi6 el tapete con una jerga y al viejo profesor con trapos tibios;

finalmente Pepe le puso una almohada entre su espalda y las patas del buró. Y la tía lo cubrió con un cobertor grueso.

Llegó el amigo en pijama y el viejo profesor pudo volver a dormir, tan sofocado que a los pocos minutos pidió el oxígeno y luego se entregó a un largo reposo, de modo que por la mañana el médico lo vio mejor aún que el día anterior y dijo que el peligro ya había pasado, y que se iría reponiendo cada día más si comía bien.

Durante los treinta días pasados la tía no había ido a trabajar y en la Compañía de Luz se los habían tomado por vacaciones; decidió emplear a una enfermera y regresar a la oficina. Pero el primer día el profesor corrió a la enfermera arrojándole los frascos de medicina y negándose a comer. La tía volvió a su lado; sin embargo, como si ya quisiera morir, aquietó sus furros y se concentró en hacerse el dormido para no comer. Y cuando la tía lo despertaba se empeñaba en que ya había comido. Sólo aceptaba líquidos, la diarrea lo debilitaba más y más. Los últimos días la sonda lo aproximaba a la muerte. Y murió dos semanas después del día en que Pepe regresó a la capital. Murió a las once de la noche, una hora antes de que Pepe llegara a su casa y encontrara sobre la mesa del comedor el telegrama en que la tía le avisaba Papá sigue muy grave.

Durante toda la mañana del día en que murió estuvo llamando a su hijo, que trabajaba en una ciudad lejana. Cuando éste llegó y hasta la hora de su muerte se puso a llamar a Pepe. Pero cuando Pepe, a las cuatro de la tarde del día siguiente, encontró la habitación iluminada, el desnudo colchón ventilándose y la lamparita como casita de juguetero de Nuremberg apagada, y fue a alcanzar a su tía a la funeraria, para entonces, me dice, el viejo profesor ya no tenía otra cosa que ofrecerle que sus diecisiete horas de muerto.

